

Esteban Peicovich

El mundo según
Borges,
el palabrista

ICONO •

Icono •

©2006, Esteban Peicovich
©2006, 2011, Editorial Marea SRL
©2011, Icono Editorial Ltda.
Carrera 10 A No. 70-62
Teléfono: (57-1) 317 8905
TelFax: (57-1) 317 8898
Bogotá, D.C., Colombia
www.iconoeditorial.com

Director:
Gustavo Mauricio García Arenas
gmgarcia@iconoeditorial.com

Asistente editorial:
Ángela Alfonso Botero

© Diseño: Hugo Pérez

© Diseño de cubierta: Nancy Cruz

Adaptación: Yalila Roque Ramírez

ISBN: 978-958-8461-18-2
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

*Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta publicación, mediante cualquier sistema,
sin previa autorización escrita de la editorial.*

«Pronto sabré quién soy».

–J. L. BORGES,
Elogio de la sombra

EL PLAN

He pensado muchas veces que existen libros en el aire, suspendidos del azar, que solo imponen el juego de ir a buscarlos, despertarlos y darlos a leer. Este es uno de ellos.

Borges, ese vasto sustantivo, habitante de estas y futuras bibliotecas, es el tema en sí. Y mi paternidad, apenas la que resulta del amoroso trabajo de ir levantando, una a una, las palabras que él ha dejado caer entre los días y los hombres. En la efímera posada de un aeropuerto, en un cruce de caminos o ante una pregunta hecha al amanecer (porque aún siendo de noche, toda respuesta de Borges, viene del alba).

Por lo que antecede, este libro está dedicado a ese Borges oral que nos iban robando el tiempo y el olvido. El Borges prismático y babélico que lo cotidiano fue disolviendo en periódicos, revistas, charlas, reportajes, en cada una de sus citas públicas con otros. Así nació este Borges, *El palabrista*: de ir levantando la red detrás de las palabras del pescador.

Mi recuerdo del primer encuentro y una última entrevista, le dan mi prólogo a este libro. Enseguida, tal como los fui recogiendo, se desgranán los textos que Borges ha verbalizado sobre la vida y el mundo. Lo dicho en un café, en Machu Picchu, a las orillas del Tíber o frente a un rostro imaginario. Lo borgeano que el periodismo recogió entre el apuro y la costumbre. Lo permanente que quedó impreso en lo efímero y que tratándose de Borges no merecía hibernar en la melancolía de las hemerotecas.

Por último, y por respeto a las cajas chinas y su gramática, se incluyen algunas guías que hagan posible la relectura o el distinto abordaje de sus textos. Se ha preferido dar sus fragmentos orales, sus respuestas, sus comentarios, en un orden de entera libertad, sin titularlos siquiera, para dejar que el lector llegue intacto a ellos y, luego, si lo desea, regrese para otros fines.

Por todo lo apuntado, este es el libro de lo que dicen Borges ha dicho a los cronistas de su país y del mundo. Un libro que recoge su dardo, su tortuga, su palabra de perfil, su devastador adjetivo y su ojo polifemo. ¿No es entonces el libro que Borges dejó colgado en el aire para que alguien lo robara?

El ladrón he sido yo.

Esteban Peicovich

ACASO UN PRÓLOGO

Dios, muerte, cielo, infierno, espejo, laberinto... le caen de la boca como gotas. Son sus palabras esqueleto. Las que lo tienen de pie, despierto, aunque no parezca otra cosa que un árido y pálido hombre de papel. Que eso es por fuera. O mucho más: un animal fugado de la historia, hecho con piel de cinta de Moebius, zapatos iguales a lo largo de 80 años, ausencia de color, ojos cruzados sobre la cabeza de uno, ojos que solo siguen huellas de voces que le hablan. Hijo, repetidor de Homero tres mil años después, ajeno de tan solo, valiente de tan solo, habitante de aviones, discursos, recuerdos, cajas chinas, perfumes, caminos que no ve.

Nadie imagine a Borges desnudo, vocinglero, sensual. Nadie lo toque. Hojearlo apenas, que su carne es papiro tras papiro, y esa escuálida, trémula voz de infante que asombra y desasombra, que juega con las grandes muñecas de los mitos, desayuna con Macbeth, codea a los fantasmas.

¿Qué hace ahora bajando de mi brazo en un ascensor Otis? ¿Cómo será descender ciego en un ascensor que ya tiene su propia ceguera vertical? Le aprieto el brazo para que no se caiga. Para que no tiemble más. Hay algo hueco en ese brazo, en ese cuerpo de años asqueados de vivir el péndulo escaso que va del día hasta la noche. Parece tener miedo este Borges secuestrado así, en el hotel, por el cronista (que viene de Cronos) y tiembla. Es un maniquí de cera que puede derretirse ante el zumbido tonto del Otis que nos baja. Y en un segundo se repone, tieso, de cartón piedra, moviendo ese bastón que no es blanco como el de los ciegos que no ven.

—¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos?

En el cubículo que desciende a la cafetería acaba de hacerse las preguntas de toda la vida. Setenta años atrás, pienso, el niño se llamaba igualmente Jorge Luis, terminaba de escribir su primera herejía, un ensayo: “La visera fatal”, la tituló al dársela a su padre. “¡Vaya hijo! Vaya juguete para su edad. Vaya monstruito...”, debió haber pensado papá Borges. Tal vez. —A la cafetería.

—Se llama Azalea. ¡Qué nombre!, ¿no?

Despaciosamente lo acerco a la mesa, lo siento, descanso su bastón, miro sus pies. Están en el suelo, situados al azar, distintos, ajenos a la biblioteca que sostienen. Él se pone a olfatear. El animal Borges tratando de olisquear una palabra cicerone. Alguien dice “café”. Él mueve la cabeza. Dice también “café”. Escucha cómo la palabra “café” va hacia el

camarero, cómo se apaga mientras el camarero la lleva. Sonríe con toda tristeza: él sabe que esa palabra al irse por el pasillo, va camino de dejar de ser palabra para regresar hecha café.

—Lo mismo sucede con la poesía...

(Sí, bien pudiera Borges estar imaginando algo así, me digo, imaginándolo).

En 1956, este Homero era un Buda. En su templo de la calle Méjico, de Buenos Aires, rodeado de noventa mil libros, de un mujerío a sus pies, leyéndole al gurú cuentos en frágil inglés fabricado en la orilla del río menos inglés del mundo. En su torno zumbaban los bibliotecarios trayéndole a su César pergaminos del siglo XII, el folio 219 de un manuscrito hebreo o el específico y calmado versículo de Blake donde dice que todo lo que existe fue imaginado alguna vez.

Por ese tiempo, Borges aún veía la vida. De a bultos. A granel. Me hizo sentar a su costado. Una entrevista mirando un horizonte imaginario. No sé por qué, pero me hizo sentar así, en paralelo, como si hubiéramos de hablar a una platea o posar para un fotógrafo que no estaba en ninguna parte del despacho. ¿Fue ese hilo de sol que traía la ventana? Esa vez, el que temblaba era yo.

—Berisso, Berisso... Ese pueblo no existe. ¿Usted lo conoce?

—Vivo en él.

Buda se puso hermético, mientras yo, eludiendo su ficción, le hacía el retrato de mi pueblo: los frigoríficos, el matadero, los inmigrantes, el río, el poeta Almafuerte, los estudiantes que irían a escucharlo, los obreros que acaso también fueran.

—Podría acompañarme Cecilia Ingenieros. A ella le gustará. ¿No habrá mucha bulla, no?

El día de la conferencia lo aguardé en La Plata, junto al tren. Cecilia, bailarina, descendió flotando. Bromeaba Borges. Recordó al poeta de esa ciudad que “en pleno día buscó la noche”, como rezaba el epitafio de López Merino en un bosque cercano donde se mató muy joven. Después Berisso y ese Borges a salón colmado (“Si faltaba uno más no entraba”, habría ironizado Macedonio) donde yo volví a temblar por encontrar el sustantivo y presentarlo a la gente de mi tribu. Tosí, dudé y fue entonces que en un gesto de inusual valentía les dije:

—...y con ustedes, Borges, el Palabrista.

Frente alta, voz opaca, manos aéreas, nos fue sacando del sombrero de copa de su Olimpo, un Almafuerte inexistente, amplificado, que iba más allá de lo sabido por nosotros. Borges prestímano y prestífono nos mareaba con hélices, con metáforas que eran mucho más grandes que la cultura de todos nosotros juntos allí, boquiabiertos allí. En un momento (el más insólito para mí) dijo que Almafuerte era Whitman por esto, Poe por aquello, Séneca por... Habló y se fue. Nosotros nos quedamos hablando de las mórbidas piernas de Cecilia y del nuevo

Almafuerte que, desde esa noche, reemplazaría al sencillo bardo que en estatua de piedra presidía la plaza de Berisso. Borges, el funámbulo, había cruzado con su magia sobre los techos obreros de madera y cinc. Desde esa noche, Berisso era tan enorme como el mundo.

—¿Hablamos, Borges?

Borges: Sería bueno hacerlo en un pacto de mutuo olvido. Detesto la publicidad.

—El periodismo busca dejar memoria. Además se trata de una entrevista informal en la que solo interesan algunas respuestas que usted no ha dado. Entre ellas, las más simples. Casi como las del “cuestionario a la Proust”...

Borges: Sí, ya sé, pero no creo que él haya hecho eso. Produce una serie de trivialidades. Yo creo que debe haber sido la cocinera de Proust.

—Vamos a suponer que fuera la cocinera. De todos modos dicen que ese cuestionario se lo hicieron a Proust.

Borges: Yo creo que son los enemigos de Proust.

—O los enemigos que le atribuyen a Proust.

Borges: Yo creo que sí.

—¿Sirve para algo?

Borges: Es una especie de juego. Un juego de sociedad.

—¿Vamos al juego? ¿Cuál es el color de Borges?

Borges: Mi color es el amarillo.

—¿El animal?

Borges: Bueno, podría ser el leopardo.

—¿La flor?

Borges: El jazmín.

—¿El pájaro?

Borges: Mis conocimientos ornitológicos son tan breves, que no sé si distingo muy bien entre un pájaro y otro.

—Pero sí entre el colibrí y el cuervo.

Borges: No, son pájaros muy literarios. Pájaros más naturales. ¿Qué pájaros naturales hay?

—Y, desde la paloma hasta el gorrión. Nuestro gorrión.

Borges: ¿El gorrión? Fue importado por Bieckert. No los había en la República Argentina. Yo diría la gaviota, sugiere el mar, está bien.

—¿Cuál es el personaje histórico que usted admira más?

Borges: Voy a ser muy localista, vamos a poner Sarmiento.

—¿Y el personaje histórico mujer?

Borges: Carlota Corday.

—¿El personaje varón de la ficción que más le haya impresionado?

Borges: Lord Jim, de Conrad.

—¿Y el personaje de la ficción, pero femenino?

Borges: Yo casi me olvido de que haya mujeres.

—Claro, desde Julieta a la Celestina.

Borges: ¿Lo dejamos en blanco?

—Bien. ¿El pintor de Borges?

Borges: Podrían ser dos: Rembrandt y Turner.

—¿Y su músico?

Borges: El único músico al cual yo me he acercado con toda la humildad y la ignorancia: Brahms.

—¿Su dramaturgo?

Borges: Uno tiene que decir Shakespeare. No, yo voy a decir Bernard Shaw.

—¿Cuál es la película que usted recuerda más?

Borges: Ser o no ser, de Lubitsch. Creo que nadie la conoce, ¿no?

—Sí, la mencionan en las historias del cine, la consideran. ¿Y el libro?

Borges: El mundo como voluntad y representación, de Schopenhauer. Sigamos jugando con Proust.

—Sigamos jugando, aunque he cometido una herejía. Una película...

Borges: Dentro de la trivialidad general, está bien.

—Además, ¿cómo no intentar jugar con el más grande jugador que tenemos...?

Borges: ¡Pero claro!

—Dígame, ¿cuál es su filia más acertada, más definida?

Borges: ¿Usted quiere decir mi hobby o mi afición?

—Sí, ¿qué es lo que más le gusta?

Borges: Ponga todo lo escandinavo.

—¿Y como fobia?

Borges: Como fobia, la publicidad.

De esa brumosa noche de Berisso me quedó un libro dedicado injustamente: “A Esteban Peicovich, del impoeta Jorge Luis Borges”. Se lo recriminé años más tarde, cuando otra vez el periodismo me puso a su costado.

—No es humildad. Lo que importa sigue siendo válido. Pero no se preocupe, joven, ya voy a volver a la poesía.

Y digo bien “a su costado”, porque no tuve nunca la suerte de caerle simpático o antipático a Borges. Los nueve o diez encuentros profesionales que me llevaron hasta él, no sumaron jamás antecedente humano alguno para que recordara el precedente. Sé que hay una puja entre quienes confiesan haber alcanzado su amistad y aquellos que dicen no haberla buscado. Mi caso es más patético. Vaya Dios a saber cuántos distintos seres he sido cada vez que un periódico o una revista me ponían frente a él para hacer las preguntas del día o del tiempo.

En todo caso recordaría el hecho, pero no mi persona. Como esa vez en Ezeiza, cuando recién regresado de Texas, donde había dado un curso de seis meses, le referí lo de Berisso y dijo:

—¡Ah, sí! Recuerdo como un aire plateado, calles largas y casas de cinc y canales. Con algo de ballet y ello quizá simplemente por la presencia de Cecilia Ingenieros que me acompañaba. ¿Cómo dice que se llama usted?

Esa tarde en Ezeiza se mostró huraño con el enjambre de cronistas que esperábamos contara sus

impresiones sobre los Estados Unidos. Se echó en un sillón con actitud de búho. Apoyó sus manos sobre el bastón, bostezó, habló para sí mismo. Alguien hizo la primera pregunta y respondió con una retahíla de frases comunes. Nadie apuntaba nada. No había Borges esa tarde. Jugó a las equivalencias de siempre. Esta vez asoció el desierto western con “una pampa que no fue”, a Walt Whitman con... hasta que en un momento, como si la imaginación le acicateara la modorra nos comenzó a envolver en una historia que, según él, era lo más insólito que le había ocurrido en esos meses.

—Precisamente, la historia de un cowboy...

Se tomó una pausa y, tras ella, cayó con todo su Borges sobre nosotros. Precisamente al ponerle el adjetivo al cowboy:

—...negro.

Le pregunto que si quiere otro café. Dice que después. Algo lo irrita, algo, inmediatamente después, lo alegra y ríe. Algo lo ha puesto triste ahora.

—Sí, su primer recuerdo... ¿cuál es?

Borges: Mi primer recuerdo es el de un cartel y un arco iris. Pero no sé si están de este lado, digamos, del Río de la Plata. Puede ser Adrogué, puede ser Palermo o, si están del otro lado del Río de la Plata, puede ser una quinta en Paso del Molino, en Montevideo. Yo tengo un recuerdo así. Bien platense, digamos. Un recuerdo que se ubica en la banda occidental del río.

—Bien, pero siempre a la vera de ese río “donde ayunó Juan Díaz y los indios comieron...”

Borges: Caramba, ¿por qué cita eso?

—Su primer juguete. ¿Usted se acuerda cuál fue su primer juguete, Jorge Luis?

Borges: Creo que era un palo de escoba. Luego me regalaron uno con una cabeza de caballo y luego otro caballo. Pero para mí, el único, el verdadero caballo, era el palo de escoba. A los otros los veía como apócrifos.

—Eran caballos míticos para su edad.

Borges: Sí, ya sé, pero para mí el caballo era el palo de escoba.

—¿Usted rezó alguna vez?

Borges: Sí, yo rezo todas las noches porque mi madre me pidió que rezara. Ahora yo no sé si no estoy hablando en un teléfono al vacío, ¿no? Sí, rezo, lo hago siempre. Yo la quiero tanto y ella me lo pidió. Y es un modo de estar cerca de ella también, ¿no? Además, que si no hay Dios, yo no me comprometo con eso.

—¿A qué edad conoció usted a la primera mujer?

Borges: ¿En qué sentido?

—En el descubrimiento del amor...

Borges: Yo creo que de siempre.

—¿De siempre?

Borges: Sí, claro, que al principio, bueno, claro. Yo estoy enamorado de siempre. Creo que como todos los hombres. Aunque el amor pueden ser imágenes del cine, del deporte...

—Antes nos enamorábamos de las mujeres del cine.

Borges: Sí, es cierto. Yo he sido fiel a Mary Pickford y a Katherine Hepburn.

—¿A qué le tiene miedo Borges, si tiene algún miedo?

Borges: Yo le tengo miedo a una larga vida. He vivido demasiado, tengo miedo de seguir y ser eso. Mi enemigo es la longevidad y estoy incurriendo en ella. Es lo que más me aterra. Puedo cesar en cualquier momento...

—Usted ya no puede cesar más. Está su obra.

Borges: No importa. Para mí, cesar... dejémoslo ahí.

—¿Qué es lo peor que ha hecho usted en su vida? Si a veces hizo algo peor...

Borges: He sido egoísta, he sido insensible al afecto de otros, a veces.

—Cuando usted sonríe, ¿qué quiere decir? Es constante la sonrisa en usted cuando responde. ¿Qué significa?

Borges: Creo que debe ser nervioso, ¿no? Soy muy tímido y esta situación para un tímido es un poco incómoda.

—¿Es posible que esa timidez de la cual usted habla, suele hablar, nos haya puesto una pared entre el Borges real y el que nosotros vemos?

Borges: Sí, podría ser. Pero al mismo tiempo eso me ha servido para toda mi obra literaria. El hecho de no comunicarme directamente sino por medio de

símbolos. De haber sido una persona más explícita, no hubiera sido escritor.

—¿Cómo es la vejez, Jorge Luis? ¿A qué se parece la vejez?

Borges: Desde luego es menos agradable que la juventud. Pero eso no es gran elogio tampoco, ¿no? Además uno la sobrelleva mejor. De joven tampoco tiene experiencia de ser joven, no sabe hacerlo. En la vejez uno va adiestrándose.

—¿Por qué cosa merecería Borges ir al infierno?

Borges: Yo creo que por haber capitaneado el movimiento ultraísta, ¿no?

—Es un buen motivo.

Borges: Creo que el ultraísmo ha llevado a todos a los círculos del “Infierno” dantesco, sí.

—¿Y si el infierno fuera una biblioteca, Borges?

Borges: Entonces no sería un infierno. Bueno, claro, depende de los autores, ¿no? Creo que si del infierno están excluidos los malos autores, incluso yo, entonces ya no selecciono, ¿no? Ahora si llego a encontrarme con libros míos allí, mejor entonces, sí.

—¿Qué libro suyo tendría que estar en el infierno?

Borges: El libro que voy a publicar el año que viene.

—El que no ha escrito todavía....

Borges: Sí.

—¿Cuál ha sido el momento más grave de su vida?

Borges: Yo he sido desdichado tantas veces que se precisaría una especie de concurso. Habría que elegir entre muchos momentos. Eso es lo grave. Cuando uno nace está comprometido a todo, ¿no?

—Entre las pocas reiteraciones que se notan en usted, está la de andar siempre quitando valor a su vida y a su obra, ¿por qué?

Borges: Porque creo que hay una equivocación. No creo merecer la atención que me dirige la gente. Quiero corregir ese error, aunque me beneficia a mí, desde luego. Trato de disuadir a la gente sobre lo que yo escribo. Cuando Frías me propuso hacer una edición de mis obras completas, yo le dije: “No, usted sólo venderá un ejemplar. ¿Por qué no hace una edición de las obras completas de Bioy Casares, de Sabato, de Cortázar?”. Le di cinco o seis nombres, entre ellos el de un enemigo mío, pero no el mío, porque era para clavarse con ese libro, no convenía: “Y, mire, con la propaganda se hace todo”, me dijo él.

—¿Así le dijo? Bueno, pero usted está mucho más allá de ese tipo de especulaciones. Su obra tiene respuesta mundial...

Borges: Eso no tiene nada que ver. También Perón fue elegido por nueve millones de votos. De modo que el consenso no significa nada, puede ser el consenso en el error también...

No sé. Tal vez una noche de la primavera de 1914, Borges se asustó. Leyó, creyó tanto en Shakespeare y en la vida como pesadilla contada por un idiota entre sonidos y furias, que se asustó. Su adolescencia y la Primera Guerra Mundial. Y se asustó.

Desde esa noche se inventó otra vida. El sueño que desprende su obra no es otra cosa que la respuesta al idiota, al sonido, a la furia, a la pesadilla. En su pavor huyó hacia adelante, abandonó el espacio, la geografía, las trepidaciones de la gente y se insertó en otra dimensión de la que no habría de salir ya más. No sé. Allá por 1965, uno quería que Borges estuviera más cerca de las cosas de uno. Del país de uno. Error de muchos, yo viví el mío a mi manera, y lo escribí “a su manera”. Fue como una foto emocional. El Borges de ese día:

*Eran las trece y treinta
y una boina vasca raída azul
estaba allí encima de ese hombre
de cera y nube, en la intemperie
de México y Bolívar.
Él era el hacedor
el padre gris, el gran tahúr
el temblado juglar rompemalvones
nuestro pensante zar, el mandarín
que saca a veces de su boca
una límpida espada, el hueso
de algún sueño irrompible.
Estaba allí entre esas páginas con ojos
tapas folios obreros de papel,
cartas impresas en el aire
oh ténpora, oh mores, en el aire
bibliotecológico del sur.
Sí, estaba Jorge Luis,*

*el siempre calmo
y no iba al muere ni al vive
de su destino sudamericano
sino se estaba allí
inmaculado y frío
ciego de fábula.*

*Yo que rezo de amor por él
lo saludé y me contesté vacío
perdido en el altílo
porque nada más que la estatua
y la raída boina y el papiro de unos ojos
presidían la calle y aún no sé
si es la diabólica invención
o es cierto lo que digo.*

Borges nació, vivió y morirá en la tierra del libro. Todo lo humano le es extraño si le viene por hechos. Desde pequeño o desde el primer espejo que vio desde pequeño, situó su biografía más allá de sí mismo y de la de su país. Sólo contaban los héroes familiares del ayer, y su padre, su madre, sus primas. (Un rarísimo Proust de la porteñería.) Más allá, el espacio poblado que él no quiso compartir. Decidió que su patria fundamental fuera el tiempo y afilió a la metafísica, que es ideología para gente sola y única, desafiliándose de todo acto común a otros seres. (“Yo busco asombro donde otros encuentran solamente costumbre”.)

Entre los pocos amigos que eligió estuvieron esos lumpen de la cultura de su tiempo, esos faros llamados Cansinos Assens o Macedonio Fernández. La Revolución de Octubre pareció estremecerlos y estuvieron por embarcarse en la Historia. Pero fue sólo un amago: el tiempo, los mitos, la metáfora y, sobre todo, la ironía literaria, fueron sus antídotos contra el compromiso social. En la Argentina refulgía la estrella colectiva de Yrigoyen, caudillo de masas medias, misógamo y astuto. Por ese entonces (y como hoy) Borges distinguía únicamente y al bulto, dos Argentinas. Las escondidas en el pliegue de los prototipos: Sarmiento y Facundo, o la civilización o la barbarie.

Esos años de la primera posguerra lo ven crecer entre símbolos europeos y versos que parten de la fabulación barrial y van al centro ciudadano de Buenos Aires. Habla de ese río matriz, recorre sus costados, distingue al compadrito, al malevo, que son algo así como restos de tahúres, héroes de naipes, sombras de dioses “de bolsillo”. El cuchillo y su fatal oficio se establecen en su poética. El arte debe ocultar al arte, parece decirse (con Horacio) mientras transforma a Buenos Aires en una Babilonia distinta, pero suya. Del Río de la Plata salta a Europa otra vez, recalca en Mallorca, hace cabriolas con Ramón Gómez de la Serna, distrae tertulias y sorprende con una verborrea de giro hermético, dispar, de contrapunto. Es Borges ya. Es decir, no es la Historia que pasa, ni Stalin, ni Hitler, ni nada de lo que proyectan los

días de los años. Rey en su propia biblioteca, funda y rige una ciudad en la que solo participan los libros y sus fantasmas. La Argentina es, todavía, un paraíso alejado del infierno del mundo y hace posible esa cúpula de artistas, esa serenidad para trazar los laberintos y perforar los siglos.

Hasta que viene Perón. Borges se asusta como si viera a Facundo otra vez. Su miedo lo hace valiente y es uno de los primeros y pocos en gritarle al “monstruo” en la cara. Por Perón, su trabajo de bibliotecario se convierte en el inspector de aves municipal. Por Perón, el padrino de *El Golem* empieza a recorrer mercados, a desintegrarse de la gente. Si algo le faltaba a su memoria de elefante, a su infinita fabulación, era eso. “El peronismo es algo inverosímil”, clamará. Y como si fuera su mejor respuesta a “tamaño barbarie”, se pone más ciego que antes. Si con ojos no quería ver, ahora será peor. Su país será eso que no ven sus ojos: una impostura.

—¿Qué es un obrero para usted?

Borges: No pienso en la gente según el gremio que tiene. Yo veo en cada hombre un individuo. El hecho de que sea un obrero, un estudiante, o que sea un profesor, es algo secundario; el oficio no es importante. Yo he conocido a gentes de toda clase, incluso a obreros y malevos también y me di cuenta de un hecho. Por ejemplo, yo tenía amigos míos que eran

tipógrafos y porque eran tipógrafos, no eran menos importantes que si fueran A, B, C o D. Por eso le digo, ¿qué piensa usted del estudiante, del millonario? Bueno, qué se yo.

—Hábleme de Cristo.

Borges: Bueno, yo no puedo creer que fuera el hijo de Dios, pero tiene que haber sido uno de los hombres más extraordinarios que ha habido en el mundo. Como figura histórica es incomparable.

—Y en cuanto a lo que nos ha quedado de Cristo: su palabra, sus parábolas...

Borges: Hay un rasgo de Cristo que no me gusta, que es el rasgo demagógico de Cristo, por ejemplo: “Los últimos serán los primeros”. ¿Por qué los últimos van a ser los primeros? O: “Dichosos los que lloran porque serán consolados”. No, los que lloran no pueden ser dichosos. Yo creo que él tendía a exaltar la desdicha. Prefiero lo que dijo Bernard Shaw cuando fueron a verlo unos patriotas irlandeses y se habló de cómo Irlanda había sufrido, no sé, en manos de los daneses, de los ingleses, de medio mundo. Entonces Bernard Shaw dijo: “Sí, pero el haber sido matados todos, no es un mérito”. Tenía razón: haber sufrido no es un mérito.

—¿Quién es más real para usted, Macbeth o Perón?

Borges: Bueno, Macbeth, desde luego.

—Pero, entonces, ¿es más real para usted la literatura que la Historia?

Borges: La que llamamos Historia, está hecha de memorias y de imágenes, actualmente; por ejemplo,

supongo que el que ha mencionado, es un personaje de la memoria, salvo que, yo nunca pienso en él, o trato de no pensar en él. Pienso que a la larga todos nos convertimos en personajes de la memoria, de la memoria ajena, entonces es indiferente. Macbeth es un personaje de la memoria y Rosas es un personaje de la memoria, también.

—Comprendo, sí, sería el caso de Perón.

Borges: Sí, salvo que yo prefiero no mencionarlo.

—Prefiere no mencionarlo.

Borges: Ponga Rosas que es lo mismo.

—Hay un poema suyo a Stalin, en ese libro *Salmos rojos* de hace muchísimos años.

Borges: No, no es cierto. No, en aquel tiempo, además, no podía ser Stalin.

—Claro.

Borges: Hubiera sido a Trotsky, tal vez...

—Claro.

Borges: Claro, no. Es que no hay poemas a esa persona. No, todo el libro está basado en la idea de fraternidad universal, de que no se iba a hablar de países, que no iba a haber fronteras. Pero es que ser comunista en 1918 o en 1917, no tiene nada que ver con ser comunista ahora; como ser conservador, también es distinto en distintos países y en distintas épocas también. El café parece que no aparece, ¿no?

—Ya viene. Aquí está el café, ¿le pongo leche? Tenemos la mitad de café, ¿le ponemos la otra mitad de leche?

Borges: Sí, con leche, sí; bueno, va bastante bien esto, la entrevista digo...

—Va muy bien. Vamos a ponerle el azúcar. ¿Quiere todo el azúcar o quiere tomárselo con poco azúcar?

Borges: Medialunas no han traído, ¿no?

—Han traído, sí. Los españoles a la medialuna la llaman *croissant*.

Borges: Yo conozco. Cuando yo era chico se decía croissant.

—¿Ah, sí? ¿En Buenos Aires también?

Borges: Mi madre decía croissant, luego quedó medialuna. Claro porque croissant es una palabra así fina, que correspondía a las confiterías. Cuando se despachaban en las lecherías, después, ya no podía llamarse croissant. Que es lo mismo. Luna creciente o media luna, es igual.

—Hay la apariencia, tal vez sea un error, pero parece que usted en su palabra escrita es mucho más riguroso que cuando habla, porque cuando habla, da la impresión de que juega mucho más que cuando escribe...

Borges: Lo que yo escribo es algo que se ha pulido, y cuando hablo, lo que doy es sólo lo que puedo dar hablando: pastillas, virutas. Una especie de arcilla que no ha sido plasmada. En fin, déjelo así, yo no soy ingenioso.

—¿Cuál de los dos? ¿El “otro” o usted?

Borges: ¿Cómo dice?

—Si hay dos Borges, como usted suele decir...

Borges: Habrá más, habrá más...

—¿Con quién estoy hablando yo?

Borges: En este momento creo que con uno bastante sencillo. Le estoy contestando con sinceridad.

—Le creo, pero usted quiere dar a entender algo cuando dice que es dos Borges...

Borges: Los dos Borges vendrían a ser el Borges privado y el Borges público. El público sería ese que sale con su palabra.

—Y ¿cuál de los dos, o son los dos, los que defienden la pena de muerte?

Borges: Lo que no se puede defender es la cárcel. La pena de muerte está bien. Yo, por ejemplo, preferiría ser ejecutado. Estar encarcelado me parece espantoso. Creo que si alguien comete una culpa, está bien que lo fusilen. A mí no me importaría. Al contrario, si me dijeran que van a ejecutarme esta noche, diría... “Pero qué suerte, vamos a simplificar todo”.

—¿Se acuerda del cowboy negro, Borges? Ese que usted encontró en Texas...

Borges: Bueno, yo no lo encontré. Pero hubo uno que era matrero, que robaba hacienda y fue cometiendo crímenes desde el sur y lo apresaron cerca de la frontera del Canadá. Lo condenaron a ser linchado. Entonces era costumbre que cuando se linchaba a alguien, es decir, “una función de corbata”, una linchada, se dejara al reo hablar. Y al cowboy negro le pidieron que dijera unas palabras porque siempre se hacía eso. Generalmente le hacían un pequeño sermón. Pero esa vez todo fue

más simple porque el cowboy negro los interrumpió y les dijo: “Yo no he venido aquí para hablar sino para que me ahorquen”. Dijo lo peor que podía decir. Era un hombre valiente y actuó como tal. Tal vez un poco impaciente, ¿no? Pero él ya veía todo eso un poco como absurdo y se dijo: “Si me van a ahorcar, que me ahorquen de una vez”.

—Borges, estamos en Madrid, y precisamente aquí, en 1965, en una entrevista que le hice a Perón, le comenté en un momento que yo venía de París y que allí me hablaban más de Borges que de él. Entonces Perón me preguntó: “¿Quién es Borges?”. Le contesté que durante su primer gobierno le habían hecho esto y aquello, que era un gran escritor, que escribía poemas, cuentos. Entonces Perón me interrumpió y me dijo: “¡Ah!, si escribe cuentos entonces no me interesa, porque a mí sólo me interesan los cuentos que hago yo”.

Borges: Está bien, muy pícaro. Él no tuvo por qué haber oído hablar nunca de mí. ¿Por qué iba a saber quién era yo?

—Por las mismas razones que Facundo y Sarmiento sí sabían uno del otro. Por la razón de que, tanto Perón como Borges tipifican un país, el nuestro. Y pese a ser antípodas, son, de alguna manera, dos inmortales.

Borges: No diga eso...

—¿Por qué?

Borges: No hay hombres inmortales. Solo los animales lo son.

—¿Por qué?

Borges: Porque ellos no saben que han de morir.

—Y a usted, ¿cómo le gustaría morir?

Borges: Inmediatamente.

Mi penúltimo encuentro con Borges ocurrió en geografía más propicia para uno de sus cuentos que para la realidad de un periodista: en Machu Picchu. Él, por tercera vez en su vida, volvía al mágico lugar, esta vez con María Kodama. Yo, con un grupo de colegas españoles, venía de México, testimoniando el viaje del rey Juan Carlos que concluiría en Buenos Aires. Un azar —¿acaso algún fabulador pudo imaginar alguna vez que el rey de España y Borges habrían de coincidir una mañana de noviembre de 1978 en ese lugar?— movió los hilos del destino más allá de lo permitido. Pero sin que el protocolo peruano lo tuviera en cuenta, el joven rey y el viejo poeta anduvieron hollando las mismas piedras, a una misma hora, distante uno de otro, no más de doscientos metros. El rey llegó en helicóptero. Borges, que también partió de Cuzco, pero en un diminuto tren, tardó cuatro horas en llegar al pie de la explanada inca. Fatigado por la altura (se defendía del calor con un pañuelo de bolsillo atado al cuello) lo vi beber en el vagón una inverosímil Inca Cola y oí musitar: “Estas, Fabio, ay, dolor, que ves ahora, ruinas de Itálica famosa...” a una paciente y platónica María Kodama que no

consiguió doblegar su negativa a que le hicieran una entrevista, precisamente en Machu Picchu.

—Usted sabe, Borges, que también va a estar el rey de España...

Borges: ¿Ah, sí? ¿Y no nos molestará?

Bastó que un grupo de turistas alemanes se enterara de que ese hombre (al que yo descendí en vilo del tren, por la dificultad y la altura) era Jorge Luis Borges, para que lo rodearan de inmediato con su enjambre de Leicas.

Borges: Ya estuve dos veces aquí, sí. He vuelto porque no quiero ser indigno de este lugar. Mi voluntad es la de permanecer emotivamente en el pasado porque al pasado podemos moldearlo a nuestro gusto. Tenemos que tratar de modificar el pasado. ¡Ah!, muchas gracias. Y le ruego que aquí no me moleste con sus preguntas.

—¿Por qué?

Borges: Menos pregunta Dios, y perdona.

Borges era de hechizar. Y sorprender. Cierta vez fui a entrevistarle a un hotel que está frente al Museo del Prado, en Madrid. El Palace, muy inglés. Era de mañana, sobre las nueve. María aprovecharía mi entrevista de hora y media para ir de compras. Ambos tomaban cuartos contiguos. A Borges lo bañaban, lo acicalaban (no se iba a encargar María de eso). A Borges le gustaba llevar algún dinero en su cartera y tras el desayuno presencié y escuché:

–María, ¿cuánto dinero necesitamos para hoy?

Y así, a lo ciego, extrajo y adelantó la cartera de la que María tomó lo que necesitaba. Lo sentí un ritual cotidiano. Como un juego. Creo que a él le hacía bien.

Pues entonces María aprovecha que íbamos a trabajar y se va. Y al rato (nadie podía presumir de periodista cultural si al menos una vez en la vida no lo había llevado a orinar a Borges) va y me dice:

–Peicovich, por favor, ¿me puede acompañar al baño?

Y sí. Lo ayudé a alzarse y lo fui guiando al cuarto de baño, un espacio clásico, inglés, dotado también de mingitorio vertical, de mármol, con gatera y hasta allí lo acerco. Él ya conocía el lugar, tantea con el brazo izquierdo la pared, se apoya y luego con la derecha se va abriendo la bragueta con lentitud. Yo me separé un metro, le digo algo así como: “Usted tranquilo, Borges, estoy aquí cerca, tómese su tiempo”. Una boludez así. Una boludez cortés. Y él que va, y mientras anda ya en lo suyo, me dice:

–Dígame, ¿usted sabe algo de John Birch?

Y yo, seducido, tratando de no mostrar una grieta ante el padre eterno, hago “la gran argentina”. Respondo:

–Algo he visto por ahí, pero todavía no lo leí... Creo que es alguien que... ¿Qué escribió?

–No, mijo. John Birch es como le dicen los ingleses a la pija. Y Lady Jane a la concha.

Mi carcajada se escuchó en Portugal. Este testimonio quedó bien grabado en un aparato que me habían regalado los de Sony en Tokio y que siguió en mi mano (abierto) mientras lo llevé a la gatera. Ese aparato fue más periodista que yo. Consiguió la perla de la entrevista. Un registro impecable. Lo he pasado en mis programas de radio y la audiencia no se cansa de pedirlo. Es como que les cae grosso que la voz que solía nombrar a Matilde Urbach pudiera decir pija y concha.

El mediodía del lunes 21 de abril de 1980, creyéndose absolutamente solo en la trastienda de una sastrería de Madrid, Borges parecía beatífico y feliz. Acababa de probar, con éxito, el *jacquet* que vestiría en Alcalá de Henares para recibir de manos de un rey el premio Cervantes. Apoyado en un báculo de bambú negro comprado en Chinatown por dieciséis dólares, su rostro de inocencias y dudas parecía la imagen de la luna. Qué felicidad sepultó ese “grave pecado” de no haberlo sido, no lo sé. Pero en un momento, sus labios se movieron para cantar en voz alta una milonga rioplatense: “Los orientales”. Esa trastienda y más tarde el hotel, fueron propicios para que la conversación con “el palabrista” alcanzara otros tonos:

Borges: Stevenson decía que los siete pecados capitales eran uno solo: la crueldad. El pecado contra el Espíritu Santo. Los demás no tienen importancia.

—Sin embargo la crueldad no está entre esos siete. Es extraño. Pero olvidemos a Stevenson y vayamos a usted y a los pecados clásicos. ¿Cuál ha sido el pecado de pereza en Borges?

Borges: He pecado porque soy muy haragán. Yo creo que he trabajado tanto porque soy muy haragán.

—¿Y el de envidia?

Borges: No, nunca he sentido envidia. Por ejemplo, he estado enamorado y he sabido que otra persona estaba enamorada de la misma mujer que yo. Y yo pensaba, en fin, esto nos une. Los dos nos damos cuenta de que esta mujer es admirable y él debe sentir amistad por mí y yo sentir amistad por él. La idea de la rivalidad, de los celos, de la envidia, es horrible. Pero fíjese que cuando he confesado esto me han dicho que no, que es un bizantinismo, que es una paradoja, que eso no puede ser.

—A mí me parece una belleza.

Borges: ¿Cómo dice? Usted es la primera persona que no se escandaliza. Me alegra, sabe. Porque si yo quiero a una mujer y otro hombre la quiere también, quiere decir que nos parecemos de algún modo, ¿no? Nos encontramos en lo mismo. Es como si alguien dijera que le gusta el álgebra, pues a mí también; o la literatura, y a mí también; fulana de tal, a mí también. Eso nos une. ¿Dónde le verán el bizantinismo?, digo yo.

—¿Cuál ha sido el pecado de gula de Borges?

Borges: Sí. La gula sería, a ver... los copos de maíz, el café y el dulce de leche. También el de guayaba. A

mi en general me gusta la comida seca. La comida mojada no me gusta.

—El vino sería una comida mojada.

Borges: No, yo no he bebido mucho vino. Cuando joven me gustaba el ajeno. Tampoco me gustan las salsas. En cambio sí los copos de maíz, el arroz, las uvas. Las uvas son como una purificación. Cuando fui a Japón encontré uvas que son como dobles de las nuestras, con gusto a vino, riquísimas. Y las mandarinas son un prodigio. No tienen semillas y uno puede comerse la cáscara. Las bananas también son riquísimas en el Japón. Mejor dicho, los plátanos, porque banana es una palabra tosca. Pero lo de las uvas es algo que han conseguido en estos últimos 15 años. Son de gran tamaño y con ligero sabor a vino, aunque yo no conozco bien el vino. Me gustaba, como le digo, el ajeno, que produce una alegría liviana... Cuando era chico lo bebían los compadritos en los almacenes. Recuerdo que tomaba hasta tres copas de ajeno cuando vivía en Palma de Mallorca; después salíamos a escalar la montaña. Había muros ciclópeos y, sin embargo, gracias al ajeno, yo me agarraba de las grietas y ascendía bastante bien. Quiere decir que la embriaguez que nos producía era muy liviana; si no, nos hubiéramos matado antes de llegar a la cumbre. Era en Valdemosa. Subíamos con un pintor sueco y un cordobés, también pintor, Octavio Pinto.

—¿Usted sabe que allí, al lado de Valdemosa, vive todavía Robert Graves?

Borges: No me diga. Un gran poeta. Compré sus Obras completas. Buscaba un poema que parece que él eliminó de sus obras. Ese poema es lindísimo, merece ser muy antiguo, merece no ser contemporáneo, merece ser algo que los hombres han soñado durante mucho tiempo. El argumento es este: Alejandro de Macedonia no muere en Babilonia sino que se extravía de su ejército y va errando por una geografía desconocida; ve una claridad, es un campamento. Hay hombres de piel amarilla y de ojos oblicuos, tártaros, chinos. Entonces, ya que su oficio es ser soldado, él entra y se alista en ese ejército. Pasan muchos años, hace la guerra; no le importa ser jefe, siempre es soldado; y un buen día, como pago del trabajo de guerrear distribuyen monedas. Es un hombre anciano ya y se queda mirando una de las monedas. Está allí, viejo, rodeado de tártaros o chinos y entonces dice: "Claro, es la moneda que yo hice acuñar para celebrar la victoria de Arbela cuando yo era Alejandro de Macedonia". Su victoria contra los persas. Pero él dice: "Cuando yo era". Claro, él ya es otro, un soldado perdido allí entre los chinos o los tártaros. Este poema merecería estar en Las mil y una noches o en Plutarco, y sin embargo, qué raro, Graves lo eliminó. Es extraordinario. Haber inventado ese poema es haber inventado todo.

—¿Volvemos a los pecados Borges? ¿Cuál ha sido su pecado de soberbia?

Borges: No creo, no. Cuando converso con alguien siempre trato, hago lo posible, para que el interlocutor

tenga razón. Además la idea de una discusión es errónea. Debiera ser una colaboración, una investigación para llegar a un fin y no importa si el fin queda de este lado o del otro. Los chinos dicen que no hay que discutir para ganar, sino para dar con la verdad. La idea de ganar es horrible. Por eso aquí, en Madrid, en las tertulias del café colonial, Cansinos Assens impuso la costumbre de que no se hablara de ningún contemporáneo para que no se hablara mal de nadie. De modo que uno podía mencionar a Virgilio o a Platón, pero no a Gómez de la Serna o a Unamuno.

—¿Hubo alguna vez en usted pecado de avaricia?

Borges: Creo que ha sido el de no prestar libros para que no se quedaran con ellos. Mejor es ser generoso que ser...

—¿Y cometió pecado de lujuria?

Borges: Creo que sí. Bueno, no sé si es un pecado. Creo como Stevenson que no es un pecado. Haber deseado bastante, querido mucho a la mujer, no es pecado.

¿No?

—¿Y el pecado de ira?

Borges: No. Xul Solar decía que era una pobreza mía el no enojarme. Porque yo me entristezco en lugar de enojarme. Hace bien desahogarse. No, ira, no. O tal vez sí, tres veces, cuando eché a los estudiantes de la clase por querer interrumpirla. Pero yo pensaba que eso no era personal, que tenía que defender la cátedra.

—Y una de esas veces defendió precisamente a Coleridge. Cuando la huelga en el puerto...

Borges: Claro. Es cierto. Y les dije: “El señor Coleridge está esperando y no lo podemos hacer esperar”.

–Y dígame, Borges: ¿habrá habido en su vida un octavo pecado, específicamente suyo, inventado por usted para usted?

Borges: Y, bueno, yo he sentido odio por dos personas. Por Perón y por mi lejano pariente, Rosas. Y por nadie más que yo sepa. En el caso de Hitler no era odio. Decía yo, qué raro que este hombre que es un genio militar sea al mismo tiempo un loco. Me decía, por ese entonces, que si yo fuera Hitler echaría del país a quienes no tuvieran sangre judía. Hubiera sido más inteligente, ¿no? Mi padre, que era lúcido, decía siempre (un poco por el orgullo de la sangre inglesa de mi madre): “Pero al final ¿qué son los ingleses...? Si no son nada más que unos chacareros alemanes”.

–Si todo pudiera ser sintetizado en un solo argumento, un solo tema, ¿cuál sería su tema?

Borges: Quizá todo lo que yo escriba esté basado en el hecho de la confusión de la personalidad. De que un hombre sea él, sea otro, sea todos. La búsqueda de lo único. Puede ser eso. Y ése sería mi único capital.

–Borges... ¿soñó usted anoche?

Borges: Sí, soñé que hablaba con Alfonso Reyes. Tenía un tamaño desmesurado y yo ante él era más bien petiso. Reyes se me apareció con una cara como de tártaro. No entendí una sola palabra de lo que él decía y me daba mucha vergüenza. Estuvo a punto

de ser una pesadilla, pero me desperté. Sentí el sabor de la pesadilla. Un sabor único. La pesadilla tiene un sabor peculiar. Podría ser una prueba de que existe el infierno. Nos da el pregusto del infierno.

—Usted sabe que estos días no lo veo cometiendo “el peor de los pecados”. Todo lo contrario, lo veo feliz...

Borges: Es que estoy muy feliz. En Buenos Aires mis días son siempre iguales. Y además los españoles y España son tan generosos conmigo...

—¿Hacia dónde cree usted que va el hombre? ¿Hacia Abel o hacia Caín?

Borges: Me parece que estos días ha llegado a Caín, ya no necesita ir.

—¿En dónde le gustaría celebrar sus 90 años?

Borges: En el cementerio de La Recoleta. En la bóveda de mis mayores. Terrible eso de los 90 años, ¿no? Es una broma. Todavía quiero conocer la China. Creo merecer la China. También me gustaría ir a la India y a Pakistán. Tal vez el año próximo. Ya, después, a los 92, puedo morirme.

—Si alguna vez ocurre que no tenemos más Borges, ¿qué calle de Buenos Aires desearía usted llevarse su nombre?

Borges: Creo que es un error dar nombres de personas a las calles.

—¿No sirven para recordar a las personas que nombran?

Borges: Creo que no. Al revés, hacen que la persona sea reemplazada por una calle. Hacen olvidar a las personas.

—Pero ¿cuál es su calle? Debe haber una...

Borges: Bueno, si usted puede influir sobre el intendente... yo preferiría una calle del sur.

—¿Podría ser la calle México, la de la Biblioteca Nacional?

Borges: Tan ambicioso no soy. Cualquiera del sur. La que quieran ustedes. Ojalá que ocurra eso. ¿Por qué no?

—Tal vez lo estemos vaticinando. Blake decía que todo lo que existe fue imaginado alguna vez.

Borges: Qué hermoso, ¿no? Me veo obligado a recordar esa espléndida frase de Blake: “Muchachas de suave plata y de furioso oro”. ¿Qué le parece? “Muchachas de suave...” aunque allí la palabra es “furioso”. Es uno de los versos más lindos del mundo.

—Para mí uno de los más hermosos es aquél que dice: “Yo que he sido todos los hombres, no he sido nunca aquél en cuyos brazos desfallecía Matilde Urbach”.

Borges: Ahora lo corregí...

—¿Por qué lo hizo? Estaba perfecto. No había que tocarlo más...

Borges: Es que suena mejor. Si no queda muy sibilante. Ahora es así: “Yo que he sido todos los hombres, no he sido nunca aquél en cuyo amor desfallecía Matilde Urbach”.

—Usted también ha escrito ese verso: “Una mujer me duele en todo el cuerpo”.

Borges: Pero ese es malo.

—¿Por qué?

Borges: Porque el otro es bueno.

—Son distintas cualidades...

Borges: Lo eliminé porque me pareció grosero.

—Pero esa idea de que la mujer lo habita a uno, que una mujer esté doliéndole a uno...

Borges: Sí, es cierto. Además es verdad. Aunque no sé si conviene que un verso sea cierto.

Sobre el final, cuando ya se aprestaba a viajar a Mallorca, a Córdoba, a Sevilla, me atreví a deslizarle, casi como un rumor, que *El palabrista* andaba ya de mi mano camino hacia la imprenta. Sonrió. Dijo:

—Peor sería que me llamara “el charlista”. Bueno, yo desearía que ese libro no se hiciera, pero si se hizo...

Tampoco puedo prohibirlo. Puede ser que resulte de interés lo que fui diciendo, pero yo no quiero ser juzgado por declaraciones, por lo que dije. Ni siquiera por lo que he escrito. Sólo quiero ser juzgado por lo que escribiré. Todo mi pasado es un pasado de errores, de borradores, que ojalá todavía tenga la oportunidad de corregir.

Esteban Peicovich

1

Sí, yo creo que en definitiva, todo lo que uno escribe es autobiográfico. Solo que eso puede ser dicho: “Nací tal año, en tal lugar” o “Había un rey que tenía tres hijos”.

2

No creo en la agresión por cuenta propia. Detesto las polémicas, trato de estar de acuerdo con mi interlocutor. Recuerdo un incidente personal, que hasta lo puse en un cuento, porque tengo la mala costumbre de plagiar los hechos. En una reunión, un señor se mostraba continuamente agresivo conmigo. Eso duró media hora. Entonces le dije: “Vamos a suponer que usted me ha insultado, que me ha dicho lo que suele decirse de la madre del interlocutor a quien se quiere injuriar. Vamos a suponer que usted me ha escupido. Todo esto lo damos por

supuesto. Inclusive que usted me ha abofeteado. Después de esto, ¿no le parece que podemos seguir conversando tranquilamente? Yo he aceptado todas sus injurias, yo no he hecho nada, me he achicado todo el tiempo. Ahora hablemos”. Recuerdo una historia del doctor Henderson, en el siglo XVIII, creo. Estaba discutiendo Teología en Inglaterra y alguien le arrojó un vaso de vino a la cara. Henderson se enjuagó y dijo: “Esto es una digresión. Sigo a la espera de sus argumentos”. Es una vieja costumbre mía la de plagiar.

3

Mi abuela inglesa me recitaba de memoria la Biblia en inglés, y en el inglés de la Biblia de los obispos. Era como una Biblia viviente. Usted citaba una pasaje cualquiera y ella decía: “Libro de Job. Capítulo tal, versículo tal”, y seguía adelante. Me acuerdo de cuando se estaba muriendo. Todos nos hallábamos muy apenados, y nos mandó a llamar y nos dijo: “Esto que sucede no tiene nada de interesante; soy una mujer muy vieja, que está muriéndose muy despacio. Esto no puede interesar a nadie, ni preocupar a nadie”. Era una mujer muy vieja, pero muy frágil, como mi madre. Es bonito ¿verdad? que ella pudiera ver su propia muerte, que ella pudiera verse morir como desde lejos ¿no? “Una mujer muy vieja que está muriéndose muy despacio”.